ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

INTRODUCCIÓN

El valor del conocimiento se pone á prueba por su poder de purificar y ennoblecer la vida, y todo estudiante ansioso desea aplicar el conocimiento teórico adquirido en el estudio de la Teosofía, á la evolución de su propio carácter y al auxilio de su prójimo. Para tales estudiantes es para quienes se escribe la serie de articulos, de los cuales es este el primero, con la esperanza de que una mejor comprensión de su propia naturaleza intelectual, les induzca á cultivar determinadamente lo que haya de bueno en ella y á extirpar lo que haya de malo.

La emoción que impulsa á llevar una noble vida, sólo se aprovecha á medias si la clara luz de la inteligencia no ilumina la senda de conducta; pues así como el ciego se sale del camino sin saberlo hasta que cae en un foso, así el ego, ciego por la ignorancia, se aparta del camino de la vida recta hasta que cae en el abismo del mal obrar. Verdaderamente, Avidya es privación de conocimiento, el primer paso que lleva de la unidad á la separación, y sólo á medida que desaparece, disminuye la última, hasta que su completa desaparición devuelve la Paz Eterna.

El Yo (Self) (1) como Conocedor.

Al estudiar la naturaleza del hombre, separamos al Hombre de los

(1) Yo *(Self)*, el yo conciencia, no el yo mente. — (N. del T.)

vehículos que usa, el Yo viviente de las vestiduras con que está envuelto. El Yo es uno, por variados que sean sus modos de manifestación al funcionar á través y por medio de las diferentes clases de materia. Es, por supuesto, verdad que solo existe Un Yo; que asi como los rayos surgen del sol, los Yos que constituyen los Hombres verdaderos no son sino rayos del Yo Supremo, y que cada Yo puede murmurar: «Yo soy El». Pero para nuestro objeto presente, considerando un solo rayo, podemos también afirmar su propia unidad inherente, aun cuando esté oculta bajo sus formas. La Conciencia es una unidad, y las divisiones que hacemos en ella, ó son hechas con propósito de estudio, ó son ilusiones debidas á las limitaciones de nuestro poder de percepción causadas por los órganos por cuyo medio funciona en los mundos inferiores. El hecho de que las actividades del Yo proceden separadamente de sus tres aspectos de querer, sentir y conocer, no debe cegarnos respecto del otro hecho de que no existe separación de substancia; todo el Yo quiere, todo el Yo siente, todo el Yo conoce. Ni tampoco las funciones son totalmente separadas; cuando quiere también siente y conoce, cuando siente también quiere y conoce, cuando conoce también quiere y siente. Una función es siempre predominante, y algunas veces hasta tal punto, que vela por completo á las otras; pero hasta en la concentración más intensa del conocer — la más separada de las tres funciones — siempre hay presente un sentimiento y un querer latentes, discernibles como presentes por un análisis atento.

No es fácil esclarecer el concepto fundamental del Yo más que lo hace su mero nombre. El Yo es ese Uno consciente, senciente y siempre existente, que en cada cual de nosotros se reconoce como un ser. Ningún hombre puede pensar de sí mismo como no existente, ó formularse á si mismo como «Yo no soy». Según lo expresa el Bhagavân Dâs: «El Yo es la primera base indispensable de la vida. . . » Según las palabras de Vâshaspati-Mishra, en su Comentario (el *Bhâmati)* sobre el *Sharîraka-Bhâshya* de Shankarâchârya: «Nadie duda, ¿Yo soy? ó ¿No soy?» (1). La afirmación de Sí mismo «Yo soy», se presenta antes que ninguna otra cosa, se halla por encima y fuera de todo argumento. Ninguna prueba puede darle más fuerza; ninguna refutación puede debilitarlo. Tanto la prueba como la refutación se encuentran ellas mismas en «Yo soy».

Cuando observamos á este «Yo soy», vemos que se expresa de tres modos diferentes: *(a)* lanzando energía, la VOLUNTAD, á la cual la acción

(1) *The Science of the Emotions*, pág. 20.

es inherente; *(b)* la respuesta interna por el placer ó por el dolor al choque externo, el SENTIMIENTO, la raíz de la emoción; *(c)* la reflexión interna de un No-Yo, el CONOCIMIENTO, la raíz del Pensamiento. «Yo quiero», «Yo siento», «Yo sé»: estas son las tres afirmaciones del Yo indivisible, del «Yo soy». Todas las actividades pueden clasificarse bajo uno ú otro de estos títulos; el Yo sólo se manifiesta en nuestros mundos de estos tres modos; así como todos los colores arrancan de los tres primarios, así las innumerables actividades del Yo arrancan todas de la Voluntad, del Sentir y del Conocer.

El Yo como el que quiere, el Yo como el que siente, el Yo como el que conoce: él es el Uno en la Eternidad y también la raíz de la individualidad en el Tiempo y el Espacio. El Yo en su tercer aspecto, el Yo como Conocedor, es el que vamos á estudiar.

EL NO-YO COMO LO COGNOSCIBLE.

El Yo, cuya «naturaleza es conocimiento», ve reflejadas en si mismo un gran número de formas, y aprende por experiencia que no puede querer, sentir, ni conocer en y por medio de ellas. Descubre que estas formas no se sujetan á su dominio como lo está la primera forma de que tuvo conciencia, y la cual aprende (erróneamente) á identificar consigo mismo. Él quiere, y en ellas no percibe movimiento alguno respondiente; él siente, y no muestran signo alguno; él conoce, y no comparten el conocimiento. Él no puede decir *en ellas*. «Yo quiero», «yo siento», «yo conozco»; y finalmente las reconoce como otros yos en las formas minerales, vegetales, animales, humanas y sobrehumanas, y las generaliza á todas bajo un término comprensible, el No-Yo, aquello en que él, como yo separado, no está, en que él no quiere, ni siente, ni conoce. Durante largo tiempo contestará de este modo á la pregunta:

«¿Qué es el No-Yo?»

«Todo aquello en que no quiero, ni siento, ni conozco».

Y aunque, verdaderamente, en un análisis final, encontrará que también sus vehiculos, excepto la película más sutil que hace de él *un* Yo, son partes del No-Yo, son objetos de conocimiento, son lo Cognoscible, no el Conocedor, para todo objeto práctico su contestación es exacta.

EL CONOCER.

A fin de que el Yo pueda ser el Conocedor y el No-Yo lo Cognoscible, hay que establecer entre ellos una relación definida. El No-Yo

tiene que afectar al Yo, y el Yo, á su vez, tiene que afectar al No-Yo. Entre los dos debe haber un cambio de relación. El Conocer es una relación entre el Yo y el No-Yo, y la naturaleza de esta relación debe ser lo primero que tratemos, pero conviene comprender antes con claridad el hecho de que el conocer es *una relación*. Implica dualidad, la conciencia de un Yo y el reconocimiento de un No-Yo, y la presencia de los dos en contraposición uno de otro es necesaria para el conocimiento.

El Conocedor, *lo Cognoscible*, *el Conocer*, éstos son los tres en uno que deben ser comprendidos si el poder del pensamiento ha de dirigirse á su debido objetivo, el auxilio del mundo. Con arreglo á la terminología occidental, la Mente es el Sujeto que conoce; el Objeto es lo cognoscible; la relación entre los dos es conocimiento. Debemos comprender la naturaleza del Conocedor, la naturaleza de lo Cognoscible y la naturaleza de la relación establecida entre ambos y cómo se origina tal relación. Una vez esto comprendido, habremos, en verdad, dado un paso hacia ese conocimiento de sí mismo, que es sabiduría. Entonces, verdaderamente, podremos ayudar al mundo que nos rodea, convirtiéndonos en sus auxiliares y salvadores; pues este es el verdadero fin de la sabiduría, que habiendo prendido fuego por el amor, puede sacar al mundo de la desgracia, dándole el conocimiento en el cual cesa para siempre todo dolor. Tal es el objeto de nuestro estudio; pues con verdad se dice en los libros de esa nación que posee la psicologia más antigua, y sin embargo, la más profunda y sutil, que el objeto de la filosofía es poner fin al dolor. Para esto el Conocedor piensa, para esto se busca constantemente el conocimiento. Hacer cesar el dolor es la razón final de la filosofía, y no es verdadera sabiduría la que no conduce á encontrar la Paz.

CAPÍTULO I

La Naturaleza del Pensamiento.

La naturaleza del pensamiento puede estudiarse desde dos puntos de vista: desde el lado de la conciencia, la cual es conocimiento, ó desde el lado de la forma por cuyo medio se obtiene el conocimiento, y cuya susceptibilidad á las modificaciones hace posible el alcance de éste.

En filosofía hay dos extremos que debemos evitar, porque cada uno de ellos ignora un lado de la vida manifestada. Uno considera todo

como conciencia, ignorando la esencialidad de la forma para condicionar la conciencia, para hacerla posible. El otro considera todo como forma, ignorando el hecho de que la forma sólo puede existir en virtud de la vida que la anima. La forma y la vida, la materia y el espíritu, el vehículo y la conciencia son inseparables en la manifestación y son los aspectos indivisibles de AQUELLO á lo cual son inherentes, AQUELLO que no es la conciencia ni su vehículo, sino la raíz de ambos. Una filosofía que trate de explicarlo todo por medio de la forma, ignorando la vida, encontrará problemas que le será imposible resolver. Una filosofía que trate de explicarlo todo por medio de la vida ignorando las formas, se encontrará con muros espesos que no podrá franquear. La última palabra en esto es que la conciencia y sus vehículos, vida y forma, materia y espíritu, son las expresiones temporales de los dos aspectos de la Existencia no condicionada, la cual no es conocida sino excepto cuando se manifiesta como la Raiz del espíritu (llamado por los hindos Pratyag-âtman) el Ser abstracto, el Logos abstracto de donde provienen todos los yos individuales, y la Raíz de la materia (Mûlaprakriti) de donde provienen todas las formas. Siempre que tiene lugar la manifestación, la Raíz del espíritu da nacimiento á una triple conciencia y la Raíz de la materia á una triple materia; bajo éstas está la Realidad Una, por siempre incognoscible por la conciencia condicionada. La flor jamás ve la raíz de donde crece, por más que su vida toda sale de ella y que sin ella no podría existir.

El Yo, como Conocedor, tiene como función característica el reflejo dentro de sí mismo del No-Yo. Así como una placa sensible recibe los rayos reflejados de los objetos, y esos rayos causan modificaciones en la materia sobre la que caen, de suerte que puedan obtenerse imágenes de los objetos, así sucede con el Yo en su aspecto del conocimiento, con referencia á todo lo externo. Su vehículo es una esfera en donde el Yo recibe del No-Yo los rayos reflejados del Yo Uno, haciendo aparecer dentro de él imágenes que son las reflexiones de aquello que no es él mismo. El Conocedor no conoce las cosas mismas en las primeras etapas de su conciencia. Sólo conoce las imágenes producidas dentro de él por la acción del No-Yo en su ser respondiente, las fotografías del mundo externo. De aquí que la mente, vehículo del Yo como Conocedor, haya sido comparada á un espejo en el cual se ven las imágenes de los objetos colocados ante él. Nosotros no conocemos las cosas mismas, sino sólo el efecto que ellas producen en nuestra conciencia; no los objetos, sino las imágenes de los objetos es lo que vemos en la mente. Lo mismo sucede con el espejo; parece que tiene los ob-

jetos dentro de él; pero esos objetos aparentes son solo imágenes, ilusiones causadas por los objetos, no los objetos mismos; tal sucede con la mente; en su conocimiento del universo externo sólo conoce las imágenes ilusorias y no las cosas en sí mismas.

Pero, pudiera preguntarse, «¿sucederá lo mismo siempre; no conoceremos nunca las cosas en sí mismas? Esto nos conduce á la distinción vital entre la conciencia y la materia en que la conciencia funciona, y por su medio podemos encontrar una respuesta á esa pregunta natural de la mente humana. Cuando la conciencia, al cabo de una larga evolución, ha desarrollado el poder de reproducir dentro de sí misma todo lo que existe fuera, entonces la envoltura de materia, en la cual ha estado funcionando, se desprende, y la conciencia, que es conocimiento, identifica su Yo con todos los demás Yos en medio de los cuales ha estado desenvolviéndose, y ve como No-Yo solo la materia relacionada igualmente con todos los Yos por separado. Este es el «Día sea con nosotros», la unión que constituye el triunfo de la evolución, cuando la conciencia se conoce á sí misma y á las demás, y conoce á las demás como siendo ella misma. Por identidad de naturaleza se alcanza el conocimiento perfecto, y el Yo realiza ese estado maravilloso en donde la identidad no perece y la memoria no se pierde, pero donde termina la separación y donde el conocedor, el conocer y el conocimiento son uno.

Esta maravillosa naturaleza del Yo, que se desenvuelve actualmente en nosotros por medio del conocimiento, es lo que tenemos que estudiar á fin de comprender la naturaleza del pensamiento; y es necesario ver claramente el lado ilusorio á fin de que podamos utilizar la ilusión para transcenderla. Así, pues, estudiemos ahora cómo el Conocer — la relación entre el Conocedor y lo Cognoscible — se establece, y esto nos conducirá á percibir más claramente la naturaleza del pensamiento.

Annie Besant.

(Se continuará).



EL GNOSTICISMO

EN LA HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES

PARECERÁ á muchos atrevida empresa el hacer la crítica de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, aun cuando sólo se refiera á una pequeñísima parte, como es la dedicada en ese libro á exponer las herejías gnósticas; otros, que no tachen de pretencioso este examen imparcial, lo creerán hijo del espíritu sectario que se nos imputa, creyendo que nos lo dicta una forma del pensamiento anticristiano; pero ese error y modo de apreciar las cosas debe desatenderse como el resultado de un juicio prematuro, en el que prevalece lo personal por cima de la verdad, ideal que debe perseguir todo pensador, y mucho más cuando sus opiniones han de ser juzgadas con el tiempo por los hombres. Siempre hemos tenido por crimen el cometido por cualquiera que al escribir sus pensamientos induce conscientemente á error á las gentes; por esta razón nosotros tratamos de no incurrir en tan grave falta, ni creemos que hoy haya quien sea capaz de cometerla, entendiendo que si algunos absurdos pueden aparecer impresos por distintos autores, serán debidos á falta de cuidado ó á la carencia de datos y tiempo que requiere el estudio de obras extensas y plagadas de fechas. Así, pues, en la obra de los *Heterodoxos* hemos encontrado datos bibliográficos interesantes y valiosísimos, que era lo que buscábamos, para hacer estudios sobre los primeros siglos de la Iglesia cristiana en España; y como es preciso hacer justicia, á la par que mencionamos estos méritos, no podemos pasar en silencio aquellos errores que sobre la doctrina se escapan al autor, creyendo que con esto hacemos un bien (puesto que así se rinde tributo á la verdad) á todos, ya sean cristianos ó ya profesen otras doctrinas ó filosofías. No somos los primeros en criticar los *Heterodoxos*, que si tal hubiéramos creído, quizá el temor de equivocarnos nos hubiera impuesto silencio; pero aun cuando no estamos conformes con él, dijo hace tiempo D. Emilio Castelar:

«Este libro parece escrito con zumo de plantas funerarias y pensado entre sombras eternas, porque su espíritu tiene la rigidez cadavérica de cuantas sectas pugnan con el espíritu progresivo de los tiempos modernos, y su estilo una frialdad marmórea como las losas de los grandes sepulcros.» (1)

(1) *Misterios del Hospital*, por E. Sola.—Barcelona, 1873.

Y no estamos conformes con el Sr. Castelar, porque aparte de la molesta sensación que se experimente al desenterrar restos empolvados y podridos de aquellos antepasados nuestros que profesaron distintas religiones y filosofías condenadas por el catolicismo, creemos que no era su espíritu opuesto al progresivo de los tiempos modernos, y que hoy es dificilísimo ser justos con ellos, cuando los datos que nos quedan son incompletos y mal estudiados. Esto, precisamente, es lo que tiende á disculpar al Sr. Menéndez Pelayo de los errores cometidos en su obra, razón que sospechamos le obliga á rechazar toda idea de reimprimirla, cosa que requeriría un concienzudo espurgo como resultado de un detenido estudio preliminar.

Comprendemos perfectamente cuán trabajoso había de serle esta eliminación, por habernos dedicado á realizarla en parte, y sólo en lo que se refiere á la porción filosófica, pues no hemos querido entrar en el cotejo de fechas y referencias, que por sí requiere costumbre y otras aptitudes especiales. Gran número de notas tenemos en cartera, limitándonos hoy á publicar aquéllas que se relacionan á los gnósticos, dejando, sin embargo, para otra ocasión, el dar á luz las referentes al priscilianismo, por considerarlas dignas de formar un artículo aparte.

La exposición que del gnosticismo hace el autor de los *Heterodoxos* no toca «los límites de la caricatura», sino que los rebasa, apartándose de ésta de modo tal, que nadie algo familiarizado con lo que enseñó dicha escuela, reconocerá su doctrina. Es justo que se ponga á todos los gnósticos como herejes, puesto que así lo exige el carácter católico que francamente asume el autor, al proceder de conformidad con sus convicciones; pero esto no excluye el recto estudio que ha de hacer de las herejías aquel que pretenda criticarlas y exponerlas. Quizá no fué esto último el principal objeto que persiguió en su obra el Sr. Menéndez Pelayo; pero á nadie se le ocultan los graves errores á que puede inducir la falsa presentación de una doctrina que ha sido juzgada por los concilios y condenada en sus actas. Él mismo confiesa lo ignoradas que son las enseñanzas ocultas que profesaban los gnósticos, y debió comprender, si era consecuente con esto, que mal podrían juzgarse las doctrinas publicadas por aquellos filósofos, ignorando la clave que las ilumina y aclara. Pero no es nuestro propósito censurar aquellos desaciertos cometidos en los *Heterodoxos* por lo tocante á las enseñanzas esotéricas. Nos sobra con lo que se refiere á la filosofía publicada por los más señalados en el gnosticismo, y el interés que manifiesta el autor en confundir las cosas por ellos tratadas, haciendo caso omiso de que poseían doctrinas que hoy se han perdido por el ultraje de los tiempos ó porque nunca fueron escritas.

Lo primero que necesita hacer el que trate de criticar una filosofía, es estudiarla detenidamente. Esta recomendación, que parecerá vulgar, es en general olvidada por nuestros contemporáneos, los cuales, las más de las veces, se visten con una falsa erudición de segunda ó tercera mano, hablando de cosas que no han leído ó recomendando libros de los cuales sólo conocen la portada. El Sr. Menéndez Pelayo recomienda á los que quieran

conocer las fuentes del gnosticismo, que lean *Pistis-Sophia* (1); pero él sólo conoce, aunque muy someramente, lo que dice J. Matter en su *Histoire critique du Gnosticisme*. Con esta recomendación nos querrá probar cuán grande es su comprensión, pretendiendo que es facilísimo el *Códice* citado, en el cual tropezarán con grandes dificultades cuantos lo lean sin una preparación conveniente, manera airosa de elevarse sobre el nivel de los demás eruditos, pero que en este caso prueba que no se ha consultado *Pistis-Sophia*. El afirmar que este *Códice* fué *erróneamente* atribuído á Valentino, demuestra que sólo tuvo presente la opinión expuesta en la obra de Matter, ya citada (2), ignorando lo que sobre esto dijeron Askew y Dulaurier, que creían no era otro el autor, parecer que se ha confirmado con buenas y poderosas razones, primero por E. Amélineau (3) y después por G. R. S. Mead, sin que al negarlo presente fundamento alguno el autor de los *Heterodoxos*. Siguiendo su costumbre, afirma después (4) que en ese *Códice* se encuentra «la parte simbólica y externa de su doctrina» (la de Valentino), «libro realmente perdido», porque le place á D. Marcelino negar sea auténtico el encontrado con dicho título, y así todo el libro titulado *Historia de los Heterodoxos Españoles* está lleno de afirmaciones como ésta, cuyo fundamento es en la mayoría de los casos una suposición no razonada del autor. Intrincado es el estudio de la filosofía gnóstica en *Pistis-Sophia*, pero aún más difícil resulta en el *claro* resumen que expone en las págs. 93 y siguientes, de la manera que entendió Valentino la causa del mal y la generación de los eones. No entraremos en la crítica de esta exposición, puesto que no acabaríamos nunca tal tarea si en ella fuésemos á señalar cuantos errores se encuentran, contentándonos con avisar á los que estudian estos asuntos para que dejen á un lado ese resumen si no quieren confundirse con la lectura de los escritos gnósticos. Cualquiera que no fuera nosotros, pensaría se había redactado con el firme propósito de hacer imposible el comprender la enseñanza gnóstica.

Según conviene á los fines que el Sr. Menéndez Pelayo se propuso, unas veces identifica á χριστος con un *Eon*, distinguiéndole de Jesús y haciéndole compañero del *Pneuma*, y otras lo concuerda con el *Pneuma*, anulando este compañerismo, ó maravillándose de esta misma confusión originada por él y atribuída á las especulaciones teosóficas de los gnósticos.

Copiemos ahora del autor, para que no se nos crea parciales, el modo que tiene de juzgar las doctrinas esotéricas:

«Apellídense *Gnósticos* ó *Pneumáticos*, se apartan siempre de los *Psyquicos*, sujetos todavía á las tinieblas del error y á los estímulos de la carne... En Grecia los misterios eleusinos por lo que hace á la religión, y en filosofía las iniciaciones pitagóricas y la separación y deslinde que todo maestro, hasta Platon, hasta Aristóteles, hacía de sus dis-

---

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo I, págs. 87-88.

(2) II, pág. 109.

(3) ΠΙΣΤΙΣ ΣΟΦΙΑ, págs. III, XI y sig.

(4) *Heterodoxos*. I, pág. 93.

cípulos en *exotéricos* y *esotéricos* (externos é internos), indican en menor grado la misma tendencia, nacida unas veces del orgullo humano, que quiere dar más valor á la doctrina con la obscuridad y el simbolismo, y en otras ocasiones, del deseo ó de la necesidad de no herir de frente las creencias oficiales y el régimen del Estado (pág. 83, tomo I).

Esto es una afirmación gratuita, hija sólo de la ignorancia del autor, quien estando ayuno de las doctrinas gnósticas, y desconociendo, con más razón, las enseñanzas esotéricas, no comprende la necesidad de que éstas estuvieran veladas ni el objeto que con ello se perseguía. A nadie con más propiedad se le pueden aplicar sus palabras. «¡Pobre entendimiento humano!» Prueba de su ignorancia al juzgar este asunto, son las razones que expone; porque en el momento que no pueden aplicarse de igual modo al período precristiano, inventa para Oriente el «orgullo de casta», olvidándose que entre los gnósticos había muchas gentes de humilde rango, ó echa mano de la *estética* griega para justificar sus razones. He aquí el hábito de «hablar y discurrir de todo sin preparación suficiente y con lugares comunes» que él atribuye á la juventud que frecuenta el Ateneo de Madrid (1).

El Cristianismo en sí, una secuela gnóstica, tenía rasgos característicos de esta división de sus enseñanzas interna y externa, como podrá ver quien sobre ello consulte los Evangelios, aunque el autor afirme «no tiene cultos misteriosos ni enseñanzas arcanas», opinión que bien puede ser personalísima, ya que á él nada se le puede ocultar por la mucha ciencia que posee. Para el Sr. Menéndez Pelayo el símbolo de la fe no es símbolo; el talento con que están adornados los escritos de los santos Padres, nada supone, y el trabajo realizado por los Concilios para explicar los misterios y doctrina del Cristianismo, son cosas que olvida y tiene en poco cuando le conviene.

Muchas inmoralidades gnósticas cita el autor repetidísimas veces, tomándolas de los autores enemigos de estas doctrinas y como asintiendo en su veracidad; pero olvida, sin duda por no haberse fijado bien, todas aquellas prácticas repugnantes censuradas en los escritos gnósticos (véase *Pistis-Sophia*) y en los primeros Concilios cristianos, lo cual hace patente que no eran propiedad de una religión, sino que pertenecían sólo al pueblo, siendo condenadas por todas las escuelas religiosas de aquellos tiempos. Y así como no llamamos católicos á los gnósticos, que tanto tenían de común con las enseñanzas de la Iglesia, tampoco creemos correcto ni lógico llamar gnósticos á los que se cubrían con la capa de esta filosofía para cometer grandes desaciertos, censurados y prohibidos por sus maestros. Tal proceder sería emplear un arma de dos filos.

Casi todos los argumentos hechos contra los gnósticos pueden dirigirse contra los cristianos; porque si los primeros pretenden «aspirar á la sabiduría oculta», esa sabiduría que sin conocer juzga el Sr. Menéndez Pelayo, los últimos afirman estar en plena posesión de la verdad, lo cual, juzgado imparcialmente, induce á tachar á ambos de orgullosos desenfrenados.

---

(1) *Heterodoxos*, tomo I, pág. 134, nota.

Después de todo esto ya es fácil tronar contra el misticismo gnóstico, como de mala ley por el hecho de tener un origen dañado, origen que el autor es el primero en no explicar, no sabemos por qué. La ignorancia en estas materias de todos los que condenan el gnosticismo, les hace incurrir en contradicciones que para nadie pueden pasar ignoradas. Se afirma que los gnósticos «no se fundan en el racionalismo ni en ninguna labor intelectual», y luego se dice que «partían del racionalismo para matar la razón». «No prueban ni discuten», cuando precisamente hemos de entender lo contrario, pues parece que hay el propósito de torcer cuanto á esta filosofía se refiere.

¿Cuándo han pretendido los gnósticos ver *con vista real á Dios?* ¿No es esto lo que dijeron haber conseguido Santa Teresa y otros fervientes católicos?

Obscuro resulta por demás afirmar que el sincretismo es el origen de los gnósticos; pero ¿qué otra cosa se puede esperar de quien dice que por *devas* comprendían los persas sólo á los espíritus maléficos? ¿Qué ha de decir aquel que afirma que la *hyle* es la parte material, cuando después nos dirá que es el principio vital del hombre? Esto nos prueba que el estudio de las enseñanzas gnósticas es difícil, aun cuando sólo se limite al de aquella parte externa que era vulgar, y por tanto se ha perpetuado difícilmente hasta nosotros por haber estado á merced de cuantos se han complacido en adulterarla; y esto también evidencia el por qué conservaban reservadas sus enseñanzas ocultas de modo que no pudieran ser profanadas por los eruditos de entonces y los poco escrupulosos de hoy, dejando al claro criterio de aquellos que, como Osío cuando perseguía á los arrianos, encuentren el eco de su doctrina en el Evangelio de San Juan y otros escritos de los Padres de la Iglesia.

No discutiremos los nombres, ya que con raro acierto compara el autor de los *Heterodoxos* al Vervo con el Logos; pero sí hemos de hacer notar su poca fortuna al identificar á *Neith* con *Ennoia*, puesto que nos llevaría lejos esta cuestión, metiéndonos en estudios egiptológicos, en que el autor confiesa ser profano. En el terreno de las suposiciones, que nada afirman, es donde sólo se pueden comparar las genealogías interminables de que San Pablo habla en la Epístola á Timoteo, con los *eones-sephirot* de los gnósticos; y precisamente cita el Evangelio de San Juan, sobre todo el primer capítulo, contra los gnósticos, cuando comienza con un versículo que éstos nunca han rechazado y sí repetido hasta la saciedad.

Dice que Simón el Mago atribuye «la creación á la *Ennoia*, logos ó pensamiento divino», y que «de esta *Ennoia* hizo un mito semejante al de *sophia*», cuando antes identificó á la *Ennoia* con la *Neith* egipcia, con lo cual prueba ignorar cuanto afirmaba Simón con su pensamiento y lo poco que comprendió el Sr. Menéndez Pelayo todo esto. Una vez más vemos repetida la leyenda de la *Helena* de Simón, asintiendo con los autores trasnochados que ésta era una esclava y concubina del filósofo, supuesto mandado ya retirar por aquellos que han estudiado con atención estas enseñanzas y han visto claro que todo ello es un velo empleado con fortuna por el maestro sa-

maritano. Bien se ve la obra de un espíritu superficial en las comparaciones, no meditadas, que hace entre la *Ennoia*, el *Pneuma* y *Sophia*, comparadas con todos los juicios que forma de la filosofía gnóstica, fundados en las aberraciones, no de los doctos Padres de la Iglesia, sino de aquellos que combatían á ciegas el gnosticismo, pues no de otro modo se citaría como denigrante la opinión de Teodoreto, que atribuye á Simón el dicho de que «la justificación procede de la gracia y no de las buenas obras», palabras más propias de un católico que de un gnóstico.

Un interés grande se nota en los *Heterodoxos*: el de que aparezca el gnosticismo como doctrina eminentemente fatalista, cuando no hay nada más apartado de esto. Para conseguir tal objeto se echa mano de la Astrología, como si esta *ciencia* hubiera pretendido tal cosa, que no puede pasar hoy sino como una invención muy cómoda para sus detractores. Se apunta que Bardesanes afirmó la influencia de los espíritus planetarios, sin mirar en qué forma, y añadiendo que es un resto de sabeísmo, se llena otro lugar común, cual si con ello no se aludiera al Cristianismo, que también ha profesado idéntica cosa, según lo demuestra H. P. B. (1). De igual manera se le escapa el significado de *Sophia Axamoth*; de la redención verificada por el χριστος; la distinción que establece entre el *caos*, la *nada* de los católicos, y el *vacío*, las *tinieblas* de los gnósticos, y otras especulaciones que, en su afán de darlo de barato, llama á cada paso nebulosidades teosóficas, sin comprender tampoco lo que esta palabra significa. En verdad que resulta nebuloso en sus exposiciones y fundamentos empleados para hacer la crítica de los herejes gnósticos.

En lo cierto estaba Marcion cuando decía que el Demiurgo era el inspirador del *Antiguo Testamento*, puesto que él no entendía, como el Sr. Menéndez Pelayo, que el dicho *Demiurgo*, ni el *Archon*, fueran el Satanás de los católicos; distinguiendo también, como hoy cualquiera estudiante de hebreo, entre Jehovah y el *Padre revelado* por Jesús, lo cual es indicio de que Marcion comprendía mucho de lo enseñado por los gnósticos. Si el autor se fijara en la diferencia que señalaban aquellos filósofos entre el Christos y el Chrestos, comprendería á Marcion así como á los Doketos, cuando decían «que Cristo no nació de una virgen hebrea», sin que tenga nada que ver esto con la aparición de Jesús en la sinagoga de Capharnaum, á la cual no aludía en este caso Marcion.

Hablando del sistema de Prisciliano, confiesa «que los gnósticos distinguían entre el *eon* Christos, poder y virtud de Dios, y el hombre Jesús, á quien se comunicó el *Pneuma*», que no es otra que la distinción que hacen los buddhistas entre Budha y el Buddha, y que debiera tener siempre presente el autor cuando trata de juzgar y exponer tales doctrinas.

Aparte de estas herejías en que incurre el Sr. Menéndez Pelayo por no estudiar el espíritu de las religiones que critica, cae en otras que pudiéramos

(1) Véase SOPHIA, tomo II, pag. 156. *Culto á los Angeles planetarios*.

llamar herejías científicas; por ejemplo, cuando desconociendo el sentido que los gnósticos daban á la idea de la *eternidad de la materia*, se lanza á una serie de consideraciones que están en contradicción con los modernos adelantos. Estas opiniones de los gnósticos resultan hoy más conformes con la ciencia que algunas afirmaciones de San Agustín, que aun cuando nada afectan al credo romano, son, sin embargo, muy poco correctas.

No es nuestra pretensión negar que entre los que se llamaban gnósticos, como en todas las escuelas filosóficas ó religiosas, hubiera gentes que, apartándose del objeto elevado y espiritual que les guiaba, falsearan con su orgullo é ignorancia aquellas doctrinas, pues en el mismo cristianismo tenemos ejemplos de ello, como la Iglesia lo declara; pero otras veces, lo que hoy contemplamos, es el resultado de la calumnia propalado por sus contrarios, orgullosos é ignorantes, entre las gentes sencillas.

Nos apena el ánimo estar viendo la confusión con que se trata de las doctrinas gnósticas, que más parece objeto principal de todos los eruditos el barajar nombres y conceptos, acomodándolos según su particular propósito, olvidando el principio que informa á todas estas enseñanzas y sin cuidarse de exponer lisa y claramente, aunque «en tablilla de excomunión», cuanto pensaron y dijeron tales herejes.

Por lo que en ciertos lugares deja entrever, suficientes datos tuvo en su mano el autor de los *Heterodoxos* para poder hacer alguna luz en sus estudios gnósticos sin incurrir en los errores en que á cada momento le vemos caer cuando formula sus aplausos ó censuras, si con detenimiento hubiera meditado lo que consultó. Y ninguna duda nos cabe de que tuvo antecedentes para esto, cuando, aunque con grandes vacíos, suelta alguna idea puramente gnóstica, y que son las únicas que, sabiéndolas aprovechar, pueden servir de algo á quien se aventure en el estudio del gnosticismo por el laberinto de los *Heterodoxos*.

AL-MUKHFA'.



EL LIBRE ALBEDRÍO

(CONCLUSIÓN)

EL hombre viene, pues, á la existencia á desarrollar su actividad dentro de un medio ambiente y en circunstancias que son necesariamente fatales, por ser resultantes matemáticas de combinaciones numéricas anteriores; en un ambiente de efectos ineludibles de causas engendradas, fatalidad que se pone de manifiesto tan palmariamente, que los hombres han tenido que reconocerla en la práctica de la vida y le han

dado el nombre de «Sino», «Destino», «Predestinación», etc. Y de tal modo dominan en el hombre esas resultantes, que hasta se hallan grabadas en su organismo en un lenguaje de signos misteriosos, algunos de los cuales se pretende descifrar; pretensión que, justificada ó no, ha dado origen á las llamadas «artes adivinatorias» de que todo el mundo, por lo menos, ha oido hablar; signos en los cuales sólo creen dos extremos de la humanidad, ó sean los muy ignorantes por superstición, y los que saben por su conocimiento. Igual significado tienen todas las deformidades orgánicas de nacimiento: hombres que nacen ciegos, sordo-mudos, lisiados de todo género, hombres que nacen sin piernas ó sin brazos, troncos informes, miembros retorcidos... un catálogo interminable de *enigmas* que claman ruidosamente contra la tremenda injusticia de esa Divinidad antropomórfica, que hace nacer á la vida con el sello del sufrimiento, condenadas de antemano á las más espantosas torturas morales y físicas, á millones y miles de millones — en el transcurso de los siglos pasados y de los futuros — de *almas puras é inocentes*, ángeles por Él mismo creados, para que vivan y mueran maldiciendo tal creación... aberración horrible, espantosa blasfemia que coloca á la Divinidad en un nivel moral más bajo que el mismo bruto. ¿Cómo, pues, puede causar sorpresa que el sentimiento humano sublevado, prefiera, en todo hombre pensador, el excepticismo más crudo á un embrutecimiento tal de la razón?

Tal es la cuenta pendiente de saldo que el Noumeno, denominado alma humana, suele traer á la existencia; pero si bien tales terribles saldos, aunque frecuentes, no son por fortuna la generalidad, ni mucho menos, en cambio todos, absolutamente todos los mortales que constituyen la humanidad en evolución, vienen á la vida de la forma física en un medio ambiente de efectos de causas generadas que encierran al Noumeno en un círculo de fatalidades, pero dentro del cual conserva siempre, sin embargo, un libre albedrío y una libertad de acción relativos, en armonía con las circunstancias que le aprisionan y en relación con el conocimiento adquirido.

Para ilustración de esta idea, imaginemos un ejemplo entre los más simples y de una limitación extrema á la par que muy común. Tratemos de representarnos el caso de un hombre encerrado en una prisión y sólo, y cuyo círculo de acción física no se extiende más allá del calabozo que ocupa. Esta acción física es casi nula por estar reducida á unos pocos metros cuadrados y no relacionarse sino consigo mismo. Pero aun en ese círculo limitadísimo de acción física, consideramos, sin embargo, que aún cabe el ejercicio del libre albedrío, por cuanto puede

moverse y *elegir* sus movimientos; puede pasearse y hacerlo en cualquier forma que le venga en gana en el reducido espacio de que dispone, ó puede estarse sentado ó echado y aun darse de cabezadas contra los muros del calabozo, y hasta colgarse de los hierros de una reja, como se ha dado muchas veces el caso. En cambio su mente no está aprisionada, sus actos subjetivos son libres, y quizá más determinados y efectivos que si su cuerpo gozara de libertad; y según sea la clase de desarrollo de aquel Noumeno, así serán las ideas que acariciará y concluirá por asimilarse: elevadas ó bajas, de perdón ó de venganza, de remordimiento ó de serenidad, de desesperación ó de paciente conformidad. Y en aquellos pensamientos que se asimile, que tomen firme relieve y que hasta mentalmente ejecute su voluntad, su libre albedrío tendrá expresión.

Esta prisión, ya sea momentánea ó larga, puede tomarse como un símil del circulo de acción en que las circunstancias colocan al hombre en cada momento, las cuales, aunque en gran parte sean efectos de causas recientemente generadas, se hallan, sin embargo, en estrecha relación con la cuenta pendiente de saldo que había traído á esta vida; esto aparte de las circunstancias que llamamos *inesperadas* que tan á menudo surgen ante nosotros, muchas de ellas extrañas, inexplicables, sin justificación posible para quienes no conocen ó no admiten la evolución del Noumeno Triádico. ¡Qué *casualidad!* exclamamos á cada paso, en lugar de decir ¡Qué *causalidad!*

Hemos partido de lo Universal del Noumeno y del Fenómeno, y hemos descendido hasta llegar á lo individual de ambos; hemos considerado al Noumeno, y por tanto, á su exteriorización el Fenómeno, en toda la esfera de su acción, desde el círculo que comprende su evolución entera hasta el más reducido en que su actividad puede manifestarse, no deteniéndonos en más extensas consideraciones sobre el último extremo, por cuanto siendo cuestión de la vida diaria, basta con la indicación de la senda de pensamiento, en que la mente debe meditar, para que cada cual forme su juicio. Y tanto en lo universal como en lo individual, hemos visto siempre que la característica del Noumeno es el Libre Albedrío, al paso que el Fenómeno sólo implica Necesidad ó Fatalidad (1), lo que es ineludible; pero para terminar la exposición del

(1) Algunos pretenden establecer una distinción entre los términos *Necesidad* y *Fatalidad*, y para evitar toda falsa interpretación del sentido de estos artículos, debo declarar que para mí ambos términos son perfectamente sinónimos, que implican lo «ineludible», lo que forzosamente ó de necesidad tiene que ser. Sucede un hecho ó se ejecuta un acto en contra de la voluntad de todos, inclusive la del actor mismo, y la exclama-

pensamiento nos falta volver á lo universal y completar el círculo en un resumen que comprenda ambos extremos, y este resumen lo encontramos en lo que se llama «Presciencia Divina».

C. W. Leadbeater, en sus *Anales Akshicos* (1), hace una explicación magistral del concepto; dice:

«La Ciencia Oculta principia por el postulado de que el Ser elevado que emprende la formación de un sistema (á quien á veces llamamos el Logos del sistema) forma primero en su mente un concepto completo de la totalidad del mismo, con todas sus sucesivas cadenas. Por el acto mismo de tal concepción, llama á todo simultáneamente á *la existencia objetiva en el plano de su pensamiento* (plano por supuesto mucho más elevado que ninguno de los que tenemos conocimiento), desde el cual descienden, en el debido momento, los diversos globos, cualquiera que sea el estado más objetivo que les esté destinado. Á menos que tengamos siempre presente el hecho de *la existencia real de todo el sistema, desde el principio mismo*, en un plano superior, nunca llegaremos á comprender debidamente la evolución física que vemos actuando aquí abajo.»

---

ción es ¡qué fatalidad!; en este caso, fatalidad y necesidad son una misma cosa; sucedió el hecho porque era una consecuencia ineludible de la Ley de Causación, y sin que por un momento la realización del suceso coartase ó aniquilase el libre albedrío de aquellas voluntades, porque el libre albedrío no implica la ejecución de un acto, sino la facultad de elegir; y claro es que al ejecutar un acto en *contra* de mi voluntad, mi libre albedrío lo que realmente ha ejecutado es lo contrario de aquel acto; porque el libre albedrío proviene únicamente de la conciencia. La Ley deja siempre á ésta su libertad; tan sólo reduce más ó menos el círculo de esta libertad en armonía con el desarrollo de esa Conciencia en cada momento; pero por reducido que ese círculo pueda á veces parecer, siempre está en relación con el conocimiento de la misma, y su acción se mueve libremente en él, ejerciendo su elección en los *contrastes* que tal conocimiento abarque. Esta es la Ley Divina, y la violación más criminal de la misma, el acto más pecaminoso y terrible de magia negra, es la *sugestión de la Conciencia*, infinitamente peor que la sugestión hipnótica de la mente, y la cual (la sugestión de la Conciencia) tanto se ha practicado y se sigue practicando por casi toda una clase social, como uno de sus deberes religiosos, bajo el pretexto de «guiar las conciencias». Actualmente un hombre de genio ha puesto el dedo en la llaga, aunque sólo en su superficie, y en España entera se agita esta misma cuestión, demostrando cuán sacrosanto es el Libre Albedrío; y á medida que el progreso se abra paso, las conciencias se iluminarán más y más, y quizá antes de terminar el siglo que alborea, se desmorone de puro viejo y carcomido ese edificio que todavía aparece tan potente. Pero se necesitan muchas *Electras*, cada una de ellas penetrando más en la llaga, y poniendo al descubierto otros aspectos que aún se escapan á la penetración de la masa social, para que ésta llegue al fin á profundizar la verdad, y arranque de raíz lo que hoy constituye la rémora de todo progreso en esta familia hispana de la quinta subraza.

(1) Véanse los números de Sophía de Marzo, Abril y Mayo de 1900.

Tal es la «Presciencia Divina»: la objetivación, en el plano mental del Logos, de todo el sistema; lo que nosotros llamaríamos «acto subjetivo», ó sea la ideación perfecta de un plan que luego objetivamos ó que convertimos en acto objetivo. Esta Presciencia implica, sin duda, «predestinación», ó sea algo que necesariamente tiene que tener efecto, y esta «predestinación», aplicándola erróneamente al Noumeno, es lo que parece envolver la negación del Libre Albedrío. Mas si nuestros lectores se han fijado en el punto ú objetivo principal que entraña el presente escrito, y que hemos intentado demostrar, habrán ya visto que la predestinación, ó sea la Necesidad ó Fatalidad, es perfectamente compatible con el Libre Albedrío, por cuanto aquélla sólo atañe al Fenómeno y en modo alguno al Noumeno, el cual conserva su libertad de elección para adaptarse á los fenómenos dentro del círculo de éstos en que su actividad tiene expresión.

La Presciencia del Logos es, pues, la Ideación del Logos ó Ideación Divina. El Logos concibe el plan de Su Sistema como un arquitecto (perdónese lo vulgar de la comparación), concibe y planea la construcción de un edificio. Establece las Leyes generales del Sistema con sujeción á las Leyes universales fundamentales, cuyas leyes generales comprenden los menores detalles, rigiendo lo inmenso y lo minúsculo, lo más espiritual así como lo más material; no que haya una ley para cada plano, sino que la misma que rige lo superior rige lo inferior, siendo esta la razón de la Ley de Analogía—clave principalísima que manejada por la intuición descifra tanto enigma—de la analogía entre lo de arriba y lo de abajo; entre los planos suprafísicos y los físicos; entre la cohesión de los átomos de una molécula, vibrando cada uno en su esfera propia, ó entre la cohesión molecular que forma los sólidos, conservando cada molécula su esfera de acción particular, y la cohesión de los mundos, los cuales no están más separados entre sí, con relación á su masa, que lo que lo están los átomos ó las moléculas con relación á las suyas.

Y el establecimiento de estas leyes por el Logos, le da necesariamente el conocimiento exacto de su resultado, desde el principio al fin, de la inmensa evolución que comprende Su Sistema en cada momento del mismo. Pero así como el Logos es el Arquitecto, los Noumenos son los constructores de todas jerarquías, los cuales conservan su libertad de acción dentro del funcionamiento matemático de esas leyes absolutamente impersonales llamadas leyes naturales. Y estas leyes en su acción de CAUSALIDAD son necesariamente fatales; ellas rigen directamente al Fenómeno é indirectamente al Noumeno. El Fenómeno depende ex-

clusivamente de ellas para su existencia ó manifestación; al paso que el Noumeno, que tiene su raiz en la Causa sin Causa, depende de ellas sólo por medio del Fenómeno, al que tiene que adaptarse para su desenvolvimiento.

Resumiendo: Existe el Libre Albedrío; existe la Necesidad ó Fatalidad; el primero característica del Noumeno; la segunda característica del Fenómeno. Ambas características constituyen el par de opuestos que dan lugar á la manifestación de la JUSTICIA; par de opuestos que comprenden todos los pares opuestos: Luz y Sombra, Noumeno y Fenómeno.

Y el TODO es el LOGOS MISMO: Nuestra Vida, Su Vida—Atman. Nuestra Conciencia, Su Conciencia—La Ideación Universal, Mulaprakriti, Âkasha. Nuestra Mente, Su Mente—Mahat, Brahmâ. El Sistema entero, Su Encarnación—Prakriti. La Evolución, Su vida: Su vida como ciudadano ó habitante de una Nación ó Mundo que quizá se llame aqui abajo Via Láctea; Sus dias y sus noches, Días y Noches de Brahmâ; Sus años, Años de Brahmâ, y su encarnación entera, la Edad de Brahmâ.

Su NECESIDAD, *Su* LIBRE ALBEDRÍO, *nuestra Necesidad, nuestro Libre Albedrío.*

JOSÉ MELIÁN.

* * * * * * * *

PRACTICA EL BIEN QUIEN CONOCE EL MAL

¿No será necesario ser malo, para conocer el Mal?

Esta pregunta que se nos ha dirigido por un suscriptor de SOPHÍA, envuelve la más espantosa duda. Y creyéndonos en el deber de contestarla en dicha Revista, reproduciremos pregunta tal en esta otra más amplia forma:

No pudiendo alcanzarse la Perfección sin el conocimiento pleno del Bien y del Mal ¿requiere ese objetivo supremo, que se practique necesaria y conscientemente el Mal para dominar el conocimiento de éste?

Tan horripilante absurdo, que convirtiera al hombre en autómata, es la antitesis de la eterna y divina Ley.

Dice la Exposición Scio acerca de la Ley y del Espíritu:

Salmo XVIII, 8: La Ley del Señor es sin mancilla; su fiel testimonio da sabiduría á los pequeñuelos y convierte las almas.—Sabidu-

ria I, 7, XII, 1, y 2.ª Corintios, III, 17: El Espiritu del Señor llena la redondez de la tierra, en todas las cosas; y donde está el Espiritu del Señor, alli hay libertad.

Todos sabemos que el mal humano parte de un pensamiento, de un deseo, ó de un acto libérrimo de la voluntad; no siéndonos, por tanto, imputable un mal, completamente inconsciente, á no ser que anidado, aunque impasiblemente fuera, en nuestra conciencia, llegara á fructificar más tarde, por su lenta y propia sugestión, porque correria desde entonces á nuestro cargo, por su tolerancia original.

Además, nuestros males inconscientes nos iluminan acerca de sus perniciosas transcendencias después de cometidos; y desde este momento principia también nuestra gradual responsabilidad, si á partir de esa iluminación son cobijados por la mente, de donde pasarán á convertirse en deseos, y dada la primera oportunidad, en actos. Por todo eso se ha escrito: «Lo que á vosotros digo, á todos lo digo; *Velad*, Marcos, XIII, 37.

Concierne á la mente la parte teórica, y á la mente, la sensación y el sentimiento la experimental, cuyo conocimiento pleno nos es impuesto por las condiciones y variedad de relaciones, aspectos, contrastes y contactos con la Naturaleza, con nuestros semejantes en sus diversos estados de enajenación ó de equilibrio, y con los demás seres, afecciones ó cosas, al través de las reencarnaciones necesarias.

No, pues, el autor del Mal, sino el que recibe y sufre el Mal, es quien puede llegar á conocerlo, por esos medios, en toda su extensión. Que así el uno como el otro aportan en cada nacimiento los caracteres precedentemente elaborados, vida tras vida, determinantes en cada una de los progresivos y respectivos tipos de cada hombre. Y de ahí que el hombre bueno y no el malo, es quien, gracias á esas caracteristicas cimentadas en los sufrimientos, los desengaños y toda clase de anteriores estudios, observaciones y experiencias, conoce en todas sus transcendencias el mal afrontado; y por eso no transige con él.

Unicamente el perfecto conocimiento destruirá, pues, ese exclusivo seminario del Mal, que se llama Ignorancia, porque aun cuando ésta no sea siempre perniciosa, tiene todo mal en ella su asiento, según también lo ha confirmado aquel Maestro que dijo: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen».

Así el Bien como el Mal son relativos; ni es el Mal otra cosa que extravío del Bien, ambos anexos á los planos de manifestación, resumiéndose las rectificaciones de aquél en éste, cuyo grado superior antecede al primero de la Perfección, que, como vemos, débese al apren-

dizaje, de cuya acción son naturalmente derivados los extravíos imprevistos ó irresponsables, superabundantes en cualquier sentido y únicos suficientes, por tanto, para encaminarse á la Perfección. Y de la suficiencia de éstos la responsabilidad de los previstos, conscientes ó semiconscientes, como evitables é innecesarios.

¿No demuestra cuanto dejamos dicho, que somos á nuestra vez, *nosotros*, los Señores del Karma constitutivo de la eterna, inexorable y debida Justicia, que de grado en grado nos va remontando hasta las cimas de la Perfectividad?

¿Y no es, por otra parte, la depuración hasta la inmaculación, bajo el natural sistema evolucionista, el exclusivo medio estrictamente lógico, insustituible y restitutivo de merecer y obtener la excelsitud de la Divinidad?

¿No constituyen una horrenda profanación de esa acrisolada y luminosa verdad, y no sostienen de asiento la corrupción de los pueblos las enseñanzas de que pueden penetrar en el inmaculado santuario de la Divinidad las almas contaminadas por la inmunda lepra de la Ignorancia, siendo á todas luces ésta la única sentina de todo Mal?

¿Y no llevamos y no llevan en sí esa inmunda y contagiosa lepra todas las almas que aún no hubiesen alcanzado la perfección del conocimiento, y él mediante, la práctica del Bien?

¿No prueba hasta la saciedad la sagrada Escritura, como estamos siempre prontos á demostrar, ese nuestro sistema evolutivo, establecido por las leyes de la Naturaleza Divina, y enseñado desde *ab initio* por los divinos Maestros?

Y como resumen ¿no dice San Mateo, en su cap. V, versículo 48: «Sed, pues, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto?»

¿Aún no habrá llegado la hora de que los límpidos rayos de la inefable antorcha que resalta de ese insigne versículo, penetren desde los ojos al alma de los más adelantados de nuestros días? ¡Ellos llevan, en verdad, ojos para ver; mas sus mayorías no verán hasta que sean, como habrán de ser, operados de sus cataratas!

Todos podemos conocer que la Verdad es la Perfección, y que no hay redención sin libertad, ni libertad sin Verdad, cuya santificación nos hace *Uno* con Dios, como dice Juan, XVII, 17, 19, 21.

Y del mismo modo debemos saber que, como dejamos dicho, no el que produce, sino el que experimenta el mal, es quien lo conoce en realidad, como lo comprobarían, á falta de los testimonios todos de la razón, los imperecederos é irrefutables de los Torquemadas de todos los tiempos, que no se librarán de experimentar cuanto mal han cau-

sado, y todo mal, hasta conocerlo y evitarlo, por su ulterior santificación.

Por eso encabezamos este artículo con el tema de que Practica el Bien quien conoce el Mal.

Cuando nuestros quehaceres nos permitan dar cima á nuestro trabajo «Destellos Bíblico-Teosóficos», verán, mediante su publicidad, reproducida *con más amplitud* la contestación que acabamos de bosquejar.

FLORENCIO POL.

Enero de 1901.



PROCESOS SEGUIDOS POR LA INQUISICIÓN DE VALENCIA CONTRA DOS HECHICERAS EN 1583 Y 1653.

(DATOS PARA EL FOLK-LORE DEL HECHIZO)

Los documentos originales de estos procesos se conservan en Alcalá de Henares *(Sección histórica. Archivo general central. Inquisición de Valencia. Legajo 23)*, y vieron antes de ahora la luz pública merced al Sr. Casany que los incluyó en una colección de causas célebres.

Si el lector nos sigue en esta breve noticia, podrá deducir de los datos por ella aportados, lo general que fué en España durante los siglos XVI y XVII el uso de procedimientos sortilegiacos, de maleficios y hechicería, lo variado de sus prácticas, lo extendida que se hallaba la fe en ellas por todas las clases, y por último, los procedimientos empleados por los tribunales de la Inquisición, contra todo lo relacionado con tales asuntos.

Como más conveniente á nuestro fin, comenzaremos por el proceso contra Esperanza Badia, aunque sea posterior al de la morisca Herrera, de que luego hablaremos.

* * *

Fué dicha Esperanza mujer de clase pobre, que vivía en 1653 en Valencia dedicada al servicio y otros trabajos humildes. Por lo que pueda valer el dato, diremos que era un tipo agitanado: alta y delgada

de cuerpo, muy morena de rostro, algo chata y de grandes y abultados ojos. Sin que se sepa por dónde ni en qué época se inició su afición á la hechicería, el hecho es que á tal grado llegó su mala fama, que en 1653 se hallaba en los calabozos inquisitoriales pendiente de proceso.

He aqui algunos de los hechos y de las acusaciones que motivaron su prisión y condena, entresacadas del fárrago declaratorio.

En primer lugar se dijo que había sido vista por los terrados de su casa en las horas de gran calor *hablar con los rayos del Sol* y decir:

Sol salido, salido que del Padre Eterno fuiste y en él engendrado, haz que así como me matan tus rayos, se coloquen en el corazón de mi amante, para que muera de amor por mí.

En otras ocasiones fué vista por los mismos terrados hablando de noche con la luna y decir siete ú ocho veces seguidas (1):

Luna hermosa, luna bella, luna hechicera
si tan bella á mí me pareces
haz que yo lo sea, de igual manera
al galán á qien adoro.

No satisfecha sin duda con el resultado de estas peticiones, había recurrido á procedimientos más enérgicos. Uno de ellos fué hacer comer á su amante, sin que él lo supiera, una mezcla entre cuyos componentes los había de tal naturaleza, que no nos parece procedente ni aun su cita.

Enseñaba además la siguiente recitación:

Ara, Ara,
en la mar fuiste hallada
en la tierra consagrada;
así como el sacerdote no puede decir misa sin ti
así no pueda estar N... sin mí.

Y no pasaremos por alto un dato muy curioso aportado por una señora apellidada Llazero, en cuya casa estuvo sirviendo la Badia. Di-

---

(1) En las declaraciones, estos ensalmos y los sucesivos no aparecen divididos á modo de verso, sino seguidamente; pero como se puede suponer que en alguna época tuvieron carácter rimado en la forma usada en estos casos, ó sea la letanía, he creido oportuno separarles allí donde me ha parecido encontrar restos deformados del primitivo ritmo.

cha señora hallábase triste á causa de ciertos desdenes y desvios amorosos, los cuales le prometió la acusada concluirian si hacia lo que ella le dijese. Habia que comprar vino, aguardiente y alumbre; darle á ella dineros en número de tres, cuyos dineros, asi como los de la compra, habian de provenir de manos de hombre; no hablar con nadie mientras hiciere la compra, ni en el camino, y que al ir fuese diciendo estas palabras: *No voy á comprar aguardiente, ni alumbre, ni azufre, sino las entrañas y el corazón de N.* . . Hizo la Sra. Llazero todo esto y le entregó las substancias dichas. Entonces la Badia las arrojó en el fuego donde empezaron á arder con llama azulada. Después formó con ellas unas *ampolletas*, de las cuales una se le reventó, por lo que dijo que era mala señal; las otras le salieron bien. Estas *ampolletas* las apagaba y las encendia hasta tres veces, durante cuya operación recitaba oraciones en las cuales mentaba al *Diablo Cojuelo*. . . También la enseñó las siguientes oraciones:

(a)

Una mañana negra me levanté
con hombres negros me encontré,
con sombras negras y con lenguas negras les hablé.

(b)

San Silvestre de Montemar
saliste Papa y fuiste cardenal:
tú uniste la leona y el león
y la dragona y el dragón.

Mientras recitaba esto hacia un determinado número de nudos en una cinta. Según dice la declarante el ensalmo no surtió efecto.

Otros testigos declararon que habian visto hacer á la Badia varios conjuros, valiéndose de un rosario unas veces, de una cuerda de ahorcado otras; llenando una naranja de agujas sin ojo y clavando en ella tres clavos; clavando alfileres en un corazón de carnero y después atándole y enterrándole, etc. De estas cosas unas surtian efecto y otras no.

La testigo Juana de la Paz declaró que la Badia le dijera que esta oración había de ser recitada á las once de la noche junto á una ventana, después de rezar treinta Padres nuestros y treinta Ave Marías: *Ánima sola, yo os ofrezco esto* (las oraciones) *para que me traigais buenas nuevas de mi amante.* Si después de dicho esto se oia caer agua ó abrirse una puerta era buena señal.

La testigo Clara Gómez dijo que Esperanza Badia le enseñó un conjuro que se hacia midiendo el pie, luego la pierna, etc. Dicha operación se había de verificar en el terrado, al toque del Ave María, con una cinta roja, y diciendo al hacer las medidas; *Pie uno, gasula dos, simo tres, natura cuatro,* y en cada una de estas partes, pie, pierna, etcétera, había de hacerse un nudo. Hechos los nudos se ataba la cinta á la pierna fuertemente, diciendo: *la ato como ataría el sueño de X*** hasta hacer que no pensara más que en mí.* Y por no cansar al lector, que puede haberse formado idea de la clase de hechicería de la procesada de 1653, no citaremos otros muchos ejemplos.

Es detalle curioso en el proceso de la Badia, que constituyendo el uso de sus prácticas un delito tan grave, que podía haberla conducido á la hoguera, escapase, no obstante, casi milagrosamente de ésta y del poder de la Inquisición, sin ser condenada *(gracias*—sic—*á la benignidad* (!) *y moderación* (!) del Santo tribunal) á más cosas que:

(a) A ser expuesta penitente en público *Auto de fe,* con traje de hechicera y serle allí leída su sentencia.

(b) A que abjurara *de levi* (1).

(c) A que le fueran dados *cien* azotes por las calles públicas y *acostumbradas* de la ciudad; y

(d) A salir del radio de la Inquisición valenciana por espacio de *cinco* años y asimismo del de la Corte.

* * *

Si bien la Inquisición clasificó los hechos imputados á Esperanza Badia con una porción de calificativos, tales como *irreverencia ante cosas sagradas, sacrilegio, abuso irreligioso del Santo nombre del Papa, superstición y maleficio amatorio,* etc., no hubo, como el lector habrá

---

(1) La abjuración á que obligaba el Santo Oficio podía ser de *levi,* de *vehementi* y en *forma,* según la importancia del delito. Excusado es decir que tal fórmula no tenía valor real alguno, toda vez que se obligaba á ella al reo; pero si no tenía valor en sí, lo tenía por sus efectos morales, pues los términos de estas retractaciones estaban redactados de la manera más depresiva y más humillante para el reo.

Sobre estas materias véanse las obras de Llorente (último gran secretario de la Inquisición en España) y sobre todo su *Memoria,* leída en la Academia de la Historia en 1811, es decir, tres años después de suprimido el tribunal del Santo Oficio en España; el documentado y detallado opúsculo de S. O. (Olave) *Horrores de la intolerancia religiosa en España,* 1875; el opúsculo sobre un caso de seudodemonismo *Con el Rey y la Inquisición... chitón,* de N. Díaz Pérez, ó la obrita *Los tiempos que pasaron,* del mismo, etc., etc.

visto, sino una sola falta con apariencias varias, que fué la de facilitar medios supersticiosos y facilitárselos ella misma para ser amada por los hombres; es decir, algo á modo de sortilegio erótico. Dominada por aquella idea recorrió todas las combinaciones del maleficio, cayendo alguna vez, aunque rara, en el evocacial y adivinatorio, pero siempre con el mismo fin citado.

* * *

No había sido tan afortunada la morisca Gracia Herrera en 1533 como luego lo fuera la Badia. Esta desgraciada cayó en la categoria de las innumerables victimas torturadas por el célebre tribunal. Gracia Herrera contaba ya cincuenta años cuando fué presa en 1583. Descendia de moros, aunque ella no lo era, pues habia nacido y sido bautizada en Rivas (Aragón). En realidad no fué hechicera, aunque el tribunal se obstinó en probarlo, sino una simple curandera. Todo su delito fué habérsele encontrado unos libritos con caracteres arábigos y signos á modo de triángulos. Sin embargo se le aplicó el tormento, sin que por él se sacase en limpio otra cosa que lo que había dicho antes de él, á saber: que los libritos los llevaba puestos sobre los riñones para curarse de una enfermedad (gota coral) que padecia hacía muchos años, y que no sabía lo que ponia en ellos, pero que un moro se los habia recomendado mucho. Los libritos (que no eran sino amuletos de esos que aún hoy hacen tanto uso los árabes) contenian, como luego se vió, algunos *ensalmos* y *recetas*, seguidos de frases entresadas del Coran, y gran cantidad de signos de esos tan venerados por los árabes, á los que suele llamarse *clavícula salomonis*. En cuanto á su hechiceria, toda ella se redujo á varias drogas que había preparado, como agua de romero para el estómago, ó agua de Escabiosa para el dolor de cabeza, ó de hinojos para la vista, etc.

Véase ahora, para terminar, un documento que prueba cómo no siempre los reos salian de los calabozos del Santo Oficio como saliera Esperanza Badia. Dicho documento es la certificación del médico que asistió á la infeliz Herrera, y dice así á la letra:

«En Valencia, á veinte días de Junio de mil quinientos y ochenta y cuatro, estando en la Audiencia de la tarde los Sres. Inquisidores doctor Pedro de Çarate, el licenciado Juan de Llano y Valdós y por su mandado vino á ella el maestro Juan Conca, cirujano, el cual, bajo juramento, prometió decir verdad, y declara que él ha visto una mujer que se llama Gracia Herrera, la cual ha sido atormentada y lastimada con la rotura de las canillas del brazo

izquierdo que son el radio y la fíbula y muchos huesos desmenuzados, lo cual necesita cuarenta días de cura, según entiende su arte; lo firmó de su nombre Baltasar Conza. — Pasó ante mí: Francisco Gutiérrez, Escribano.»

Curada de sus lesiones, aún hubo de sufrir *cien* azotes, una abjuración de *vehementi* y una reclusión de dos años, según reza otro documento que tengo á la vista, que está encabezado del modo que sigue:

«*En la santa Inquisición de Valencia á veinte y dos días*... etc., etc., etc.»

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.

Madrid Febrero 1901.

* * * * * * * *

ANIVERSARIO 25.º Y CONVENCIÓN DE LA S. T.

CELEBRADA EN BENARES *(India inglesa) el 27 y 28 de Diciembre de 1900.*

QUIZÁ ignoren muchos de nuestros lectores que la Secretaría de la Sección India tiene su centro en Benares, mientras que la Presidencia de la S. T. está en Adyar, y dada la mucha extensión de la India, así como lo muy esparcidas que están las Ramas en su territorio, era una gran dificultad reunir á los representantes de toda la Sección en cualquiera de las dos ciudades citadas, por lo cual se acordó que un año se celebrara la Convención General en Adyar y otro en Benares, cosa que facilitaría el que cada dos años pudieran reunirse los delegados del territorio más próximo. Así es que la Convención que ha tenido lugar el 27 y 28 de Diciembre último es la primera que se ha celebrado en Benares.

He aquí el hermoso discurso con que el Presidente de la Sociedad, Coronel H. S. Olcott, inauguró los trabajos de la Convención:

«Hermanos y compañeros de trabajo: Si en cada sucesivo aniversario de nuestra Sociedad nos hemos mutuamente congratulado por el hecho de habérsenos concedido otro año para trabajar y luchar en pró de nuestro ideal, cuánto más gozosos debemos sentirnos hoy, al cerrar el primer cuarto de siglo de nuestros trabajos y entrar en el segundo período, con nuestra Sociedad potente, vital, rebozando energías y llena de fundadas esperanzas en el porvenir. Veinticinco años de actividad, de vicisitudes, de fracasos y de éxitos, de suprema victoria tras nosotros: un paso en la senda; un mijero en la orilla del camino; un episodio — bien glorioso — en el progreso cíclico

evolucionario de cada uno de nosotros; una época amplia de siembra de la semilla del buen Karma, productora de abundante cosecha en el porvenir. Este período ha hecho pasar á la Sociedad desde su cuna á la edad de la adolescencia, y ha vindicado su pretensión á ser considerada como la amiga de la religión, de la moral más levantada, del desarrollo intelectual, como un factor social prominente de nuestra época que ha de ser tenido en cuenta por el historiador futuro. Esto es lo que la reunión de hoy trae á la mente, este es el panorama que la memoria desenvuelve al mirar adentro, en el alma de nuestro movimiento teosófico. Alrededor mío hay hombres que han sido mis cooperadores casi desde el principio mismo de nuestra carrera en la India, hombres que se unieron á la Sociedad en 1879 y 1880; pero son pocos. Algunos de los más abnegados, más nobles, más desinteresados nos han dejado, sintiendo el dolor de la separación, pero no sin la esperanza de épocas futuras de unida labor para el bien de la humanidad. Y de los sobrevivientes, ¿quiénes de entre nosotros, los más viejos, verán completarse el segundo cuarto de siglo? La Convención se reunirá; pero, ¿quién la presidirá y quiénes oirán su semi-centenario discurso? Por lo menos, sabemos una cosa: que Aquellos que guían el movimiento no lo dejarán morir por falta de trabajadores, y que nuestros sitios, una vez vacantes, serán ocupados por otros, quienes en muchos nacimientos pasados se han estado preparando para el servicio cuando hicieran falta. ¿No hemos tenido la prueba de esta ley de la demanda y del auxilio cuando vemos que la antorcha, al caer de la muerta mano de H. P. B. fué arrebatada por Annie Besant y llevada al frente extremo de la batalla? ¿No hemos visto nuevos trabajadores adelantarse para llenar las vacantes ocasionadas por la muerte de sus predecesores? ¿No hemos visto á los labradores presentarse para cultivar y recolectar en cada nuevo campo que el progreso del movimiento ha franqueado, en la India, Gran Bretaña, Francia, España, Escandinavia, Holanda, las Colonias, Estados Unidos, América del Sur, Hawai, Japón y otras partes del mundo? ¿No hemos observado que el movimiento escasamente ha sufrido paradas momentáneas por falta de auxiliares? No; así que cae un alma valiente otra la reemplaza, y nuevos escritores, instructores, conferenciantes y organizadores se presentan al sentirse llamados en los momentos precisos por el sonido de la campana de su merecido Karma que les da la señal.

Mi pensamiento se remonta en el pasado á aquella pequeña reunión en la ciudad de Nueva York el 17 de Noviembre de 1875 y la escena se desarrolla ante mí. Una pequeña sala, débilmente alumbrada, con una pequeña tribuna en uno de sus extremos; los muros cubiertos de estantes llenos de libros pertenecientes á otra sociedad, dueña de aquel local. Un puñado de hombres y mujeres pensadores, en su mayoría fallecidos hoy, que crearon el núcleo del cual había de surgir y desenvolverse este movimiento hoy majestuoso; ellos, ignorantes del porvenir, y concertándose sólo para el brumoso presente. Algunos viven todavía, y uno de ellos, que oyó mi Discurso Inaugural, asistió á mis conferencias en Niza en Marzo último y habló á mí

auditorio de aquella primera reunión de la Sociedad Teosófica; cuán interesante fué esto para mí podéis imaginároslo.»

El Presidente continuó haciendo una reseña del desarrollo adquirido por la Sociedad, de la cual damos á continuación un extracto.

Las relaciones enviadas por las respectivas Secciones acusaban todas gran actividad y desenvolvimiento siempre creciente, y sentimos que la falta de espacio nos impida hacer un extracto de las mismas que hubiesen dado á nuestros lectores la medida de la vigorosa y permanente fuerza impulsiva que anima á los Centros en general.

DESARROLLO CRECIENTE DE LA S. T.

Es curiosa la forma en que se ha extendido la S. T. por el mundo, considerada durante períodos de cinco años, que manifiesta su creciente desarrollo por todos los países y á través de los océanos.

Fué fundada en Nueva York, Estados Unidos, el año 1875, y su expansión se ha realizado del modo siguiente:

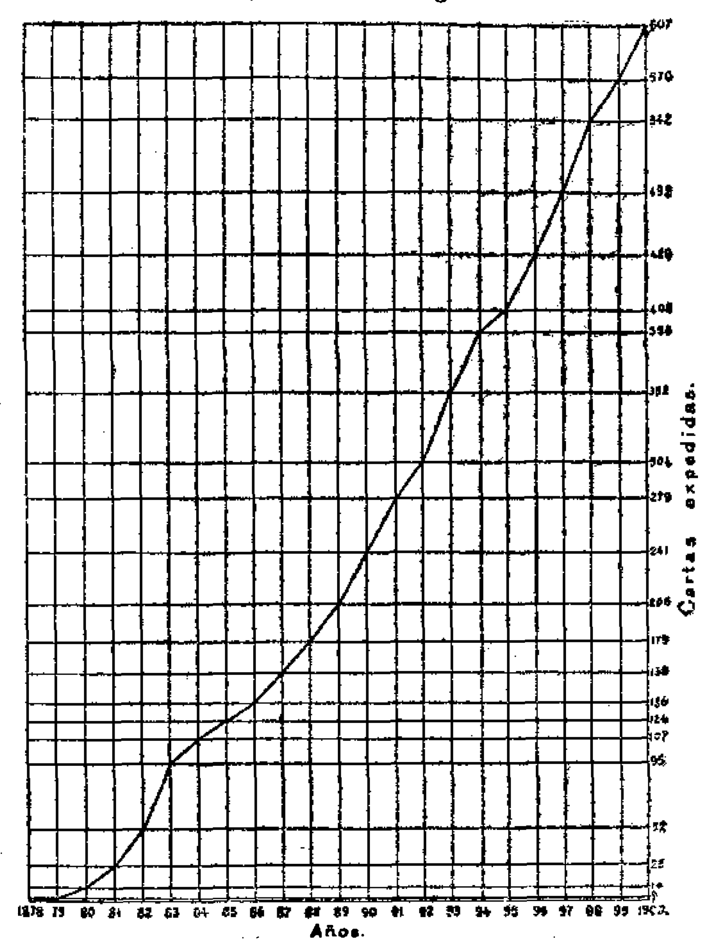
Años 1875 á 1880: Inglaterra, Grecia, Rusia, Ceilán y Escocia.
» 1880 á 1885: Estados Unidos de América, Irlanda, Java y Borneo.
» 1885 á 1890: Suecia, Japón, Australia, Islas Filipinas, Austria y Tasmania.
» 1890 á 1895: Nueva Zelandia, Holanda, Noruega, Dinamarca, España, Alemania, República Argentina, Francia, Canadá, Islas Hawai, Bohemia, Islas Canarias, Bulgaria y China.
» 1895 á 1900: Suiza, Italia, Bélgica, Sur de Africa, Columbia, Indias Occidentales, Nicaragua, Cuba, México, Egipto, Finlandia y Argel.

Durante el año último se han expedido treinta y seis nuevas cartas constitutivas para la creación de otras tantas Ramas. Estas corresponden á las Secciones señaladas en el cuadro siguiente:

SECCIONES	Ramas nuevas.	Ramas disueltas.	Ramas reconstituídas.
América	10	7	»
India	15	»	10
Europa	7	1	»
Australia	1	»	»
Escandinavia	1	»	»
Francia	2	»	»
Total	36	8	10

Aumento efectivo de Ramas 28.

Cuadro donde se expresan el número de Cartas Constitutivas desde el año 1878 hasta fin del siglo XIX:



RAMAS DE LA S. T.

Su distribución en los distintos países del mundo.

SECCIONES	Ramas activas.	Ramas pasivas.	TOTAL
India........................	143	35	178
Americana.....................	73	»	73
Europea.......................	55	1	56
Suma y sigue........	271	66	307

SECCIONES	Ramas activas.	Ramas pasivas.	TOTAL
Suma anterior	271	66	307
Escandinava	13	»	13
De los Países Bajos	7	»	7
Australiana	15	»	15
De Nueva Zelandia	9	»	9
Francesa	11	»	11
No incluídas en las dichas Secciones	9	»	9
Totales	335	36	371

ESTADO FINANCIERO (1).

	Rupias (2).
Ingresos obtenidos desde la creación de la S. T. en 1875 hasta el 20 de Diciembre de 1900	333.005—12—2
Gastos efectuados por todos los conceptos en igual período	280.962—12—5
Existencia en valores de distintas especies	52.042—15—9
Valor de sus fincas, plantaciones, vehículos, caballos, etcétera	43.000— 0—0
Valor de los libros y manuscritos orientales que existen en la librería	30.000— 0 0
Valor de los libros occidentales de la misma	5.000 — 0 0
Total general	130.042—15—9

LA BIBLIOTECA DE LA S. T. EN ADYAR.

Hace catorce años creó la S. T. una biblioteca en su residencia central de Adyar (Madras) y en este tiempo su incremento ha sido constante, cumpliéndose en parte las esperanzas de todos en la formación de un centro intelectual que contenga muchísimas joyas de la literatura oriental donde podrán ser consultadas por los sabios de todos los países. Esta biblioteca está dividida en dos Secciones: una conteniendo obras orientales, y otra la literatura occidental.

(1) Este estado se refiere exclusivamente al Centro General de la Sociedad y no tiene nada que ver con los ingresos, gastos y propiedades que tengan los Centros Generales de las respectivas Secciones, así como el estado financiero de éstos es independiente del de las Ramas que los constituyen.

(2) Una rupia vale 2 francos 38 céntimos.

La Sección Oriental posee hasta hoy 2.333 obras diferentes manuscritas que hacen 3.762 volúmenes, y 3.321 obras impresas compuestas por 4.141 tomos.

La Sección Occidental está formada por unos 5.000 volúmenes próximamente.

En 1892 solo poseía nuestra biblioteca 515 manuscritos, debiéndose el gran incremento realizado en los últimos ocho años al celo y competencia de Mr. R. A. Sastry, que tanto acierto demuestra para descubrir manuscritos en los pueblos del Sur de la India.

LA MEDALLA SUBBA RAW.

Existe un fondo creado en 1892 por el que fué eminente escritor Subba Raw, que tanto se interesó por el desarrollo de la literatura teosófica, para conceder una medalla de oro con el emblema de la S. T. al autor de la mejor obra teosófica publicada durante el año. La adjudicación del premio el año último no ha sido fácil dada la importancia de las obras con que han contribuído á la difusión de los ideales teosóficos escritores de ya reconocido mérito. Indudablemente le habría sido adjudicada la medalla á nuestro querido amigo Mr. Mead por su interesante libro *Fragmentos de una fe olvidada*, si no la tuviera ya por su versión inglesa de *Pistis Sophia*. En igual caso se encontraban Mrs. Besant, Mr. Sinnett y Mr. Leadbeater, quienes también han producido obras valiosísimas. Por fin se dió la preferencia á W. Williamson, autor de *La Gran Ley*, al cual felicitamos desde estas líneas.

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO V

Fuí conducido á la estancia en que habían tomado los sacerdotes su desayuno. Estaba casi desierta á la sazón. Agmahd y Kamen hablaban, con sus voces apagadas y comprimidas, junto á una de las ventanas, mientras dos novicios me condujeron á la mesa y me sirvieron tortas de aceite, fruta y leche. Me resultaba muy extraño el verme servido por aquellos jóvenes, que no me decían una palabra, y á los cuales miraba yo con temor, como más experimentados que yo en los terribles misteros del templo.

Preguntábame, mientras comía mis tortas, por qué no me había dirigido

la palabra ninguno de los novicios á quienes había visto; pero fijándome en el corto tiempo de mi estancia en el templo, recordé que no me había encontrado todavía á solas con ninguno de ellos. Agmahd y Kamen continuaban aún en la estancia, y según pude ver, un silencio, hijo del temor, se reflejaba en las caras de los jóvenes que me servían. Y me imaginaba yo que debía ser un miedo, no como el que inspira un maestro de escuela que hace uso de sus ojos como los mortales ordinarios, sino como el que pudieran inspirar ojos todo penetrantes y mágicos, imposibles de engañar. No vi ninguna vislumbre de expresión en el aspecto de los jóvenes. Se movían á manera de autómatas.

La debilidad que se había apoderado de nuevo de mi cuerpo había desaparecido en parte por el alimento que había tomado, y en cuanto hube concluído de comer me levanté rápidamente, dirigiéndome á la gran ventana para ver si Seboua estaba en el jardín. Pero dió unos pasos Agmahd, é interponiéndose entre la ventana y mi persona, lanzóme aquella mirada fija é imperturbable que era causa de que me inspirase un terror tan profundo.

—Ven—dijo.

Dió la vuelta y comenzó á andar; le seguí cabizbajo, y toda mi energía y esperanza recientes desaparecieron; ¿por qué? no lo sabía; yo no podía decir el por qué tenía mis ojos fijos en la bordada orla de aquella vestidura blanca, que con tanta suavidad parecía deslizarse sobre el pavimento delante de mí, con un sentimiento de que iba á oir mi sentencia.

¡Mi sentencia! Agmahd, el sacerdote típico del templo, el verdadero jefe entre los grandes sacerdotes. ¡Mi sentencia!

Pasamos á lo largo de los corredores, hasta que penetramos en aquel tan amplio que conducía de la puerta del templo al sentuario interno. Lleneme de horror ante su vista, á pesar de que la luz del sol penetraba á torrentes á través de la puerta, burlándose de sus sombras indescriptibles. Y, sin embargo, era tan profundo el pavor que Agmahd me inspiraba, que á pesar de hallarme solo con él le seguía en silencio y con obediencia perfecta. Seguimos corredor abajo; cada uno de mis recalcitrantes pasos aproximándome más y más á aquella puerta terrible de donde, en medio de las tinieblas de la noche, había visto surgir aquella forma espantosa. Escudriñaba yo el muro con el terror que podría experimentar un alma en tortura en presencia de los instrumentos horribles de una inquisición espiritual. Una vez que se ha fijado la vista en el inmediato fallo de un destino fatal, es imposible dejar de mirar con atención esclavizada; y de este modo contemplaba yo, en mi ciego pavor, las paredes del largo corredor, las cuales, en mi perturbada imaginación, parecía que á medida que avanzábamos se cerraban detrás de nosotros, excluyéndonos del mundo bello y resplandeciente en que hasta entonces había vivido.

Fijándome con esta pertinaz atención en aquellos lisos y terribles muros, percibí, al irnos aproximando, una pequeña puerta que formaba ángulo recto con la pared del santuario. Hubiera escapado á la vista de cualquier obser-

vador ordinario, pues la obscuridad en aquel extremo del corredor era en verdad profunda por el contraste con la resplandeciente luz que habíamos dejado en el otro.

Nos acercamos á aquella pequeña puerta, que, como he dicho, formaba ángulo recto con el muro del santuario. Hallábase junto á la puerta del mismo, pero en el muro del corredor.

En aquellos momentos caminaba sin que al parecer mis pasos fuesen debidos á mi propia volición, pues la verdad es que mi voluntad me hubiera hecho retroceder hacia la luz del sol que al mundo embellece con flores y que hace parecer á la vida una realidad gloriosa y no un sueño espantoso é inimaginable.

Sin embargo, allí estaba la puerta y Agmahd con su mano en ella. Volvióse y me miró.

—No tengas miedo—me dijo con su voz tranquila y sin inflexiones.—Nuestro santuario es el centro de nuestra mansión, y su proximidad es lo suficiente para llenarnos de energía.

Sucedióme lo mismo que cuando Agmahd por vez primera me animó con su voz en el jardín. Con esfuerzo levanté mis ojos para ver si podía observar la misma expresión de aliento en su hermosa presencia. Pero todo cuanto vi fué la tranquilidad intolerable de aquellos ojos azules; eran implacables, sin movimiento; mi alma, horrorizada, contempló en aquel momento en ellos y de lleno, la crueldad de la fiera.

Apartóse de mí y abrió la puerta, y pasando por ella la mantuvo abierta á fin de que pudiera seguirle. Le seguí, sí, aunque avanzaba bien á pesar mío, pues me parecía que mis pasos me conducían á los abismos.

Penetramos en una habitación baja de techo, iluminada tan solo por una gran ventana en lo alto del muro. Ricos tapices y cortinas la revestían, y en uno de los extremos veíase un lecho bajo. En cuanto mis ojos se fijaron en el lecho, sobrecogíme; el por qué no lo sé; pero pensé al momento si sería el mismo en que la última noche había dormido. No podía mirar nada más, á pesar de que había allí muchas cosas bellas dignas de ser contempladas, pues el aposento estaba adornado con verdadero lujo. Sólo me preguntaba con angustiado corazón por qué habrían traído allí aquella cama en la cual había yo dormido.

Mientras perdido en congeturas la contemplaba, súbitamente tuve conciencia del silencio—silencio completo—y de la soledad que me rodeaban.

Me volví con alarma súbita.

¡Sí! estaba solo. Se había marchado Agmahd, el temido sacerdote; se había marchado sin pronunciar una palabra, abandonándome en aquella habitación.

¿Qué podía significar aquello?

Me dirigí á la puerta, la empujé. Estaba cerrada y asegurada.

Me encontraba prisionero. Pero ¿qué podía significar todo aquéllo? Miré en torno de los macizos muros de piedra; lancé una ojeada á la ventana en

lo alto; pensé en lo próximo que me hallaba del santuario, y arrojándome en el lecho oculté mi faz.

Creo que debí permanecer así durante horas.

No me atrevía ni á levantarme ni á dar lugar á perturbación alguna. Nada tenía á que apelar, como no fuera á los ojos azules y sin piedad del sacerdote Agmahd. Permanecí sobre mi lecho con los ojos fuertemente cerrados, no atreviéndome á contemplar el aspecto de mi prisión, y deseando que la noche no viniera nunca.

Tenía la certeza de que nos hallábamos en la porción primera del día, si bien no sabía cuánto tiempo había pasado en el jardín con Seboua. Alto estaba el sol y penetraban sus rayos á través de mi ventana. Lo vi, después que hubo pasado largo tiempo, al volverme y lanzar en torno del aposento una mirada súbita y alarmada. Tenía la idea de que alguien había en él; pero á menos de que permaneciese oculto detrás de las cortinas, no era visible forma alguna en la habitación.

No, me hallaba solo. Y á medida que reunía mi valor para contemplar en lo alto la luz del sol, que convertía la ventana en un objeto glorioso para mis ojos, comencé á darme cuenta de que realmente existía todavía, y que no obstante mis horribles experiencias recientes, yo no era más que un niño que amaba la luz del sol.

La atracción aumentó en gran manera é hizo nacer al fin el deseo en mí de encaramarme á aquella ventana elevada y de mirar por ella.

La pasión que me hizo desear con tanto ardor el hacer esto, no he podido explicármela más que como uno de tantos intentos de averiguación obstinada del cerebro de un niño. De todos modos me levanté de mi cama, lanzando á los vientos todos los terrores que me rodeaban, en cuanto imperó en mí un propósito lo suficientemente pueril para absorberme. Era el muro perfectamente liso; pero creí que poniéndome de pie sobre una mesa que estaba debajo de la ventana, podría alcanzar el antepecho con mis manos y poder de este modo subir para mirar fuera. Pronto estuve sobre la mesa, pero apenas si alcanzaba el antepecho con mis brazos extendidos. Salté, y agarrándome tan sólo lo suficiente, logré encaramarme. Supongo que esta parte de mi empresa debió ser lo que me encantó, pues, á la verdad, no esperaba ver nada más que los jardines del templo.

Lo que vi, aunque á la verdad nada tenía de sorprendente, enfrió mi entusiasmo.

No estaban allí los jardines. Mi ventana daba tan sólo á un patio cuadrado muy reducido, formado por muros desnudos y elevados. Pronto vi que estos eran evidentemente muros del templo y no paredes exteriores. Aquel espacio de terreno hallábase comprendido en el corazón mismo del gran edificio, pues podía ver sus columnas y techos, levantándose á cada lado, y los muros estaban desnudos. No podía percibir trazas de ventana alguna; la mía era la única.

En aquel momento oí en la habitación un débil ruido, y dejándome caer

con rapidez me encontré de pie en la mesa y dirigí consternado una mirada en torno mío. Parecía proceder el sonido de detrás de una gruesa cortina que semicubría uno de los muros. Permanecí sin respiración y lleno de horror, á pesar de la plena luz del día y del sol resplandeciente, por lo que podría ver, pues no tenía la menor idea de que existiese más medio de penetrar allí que la puerta por la que yo había entrado; así es que apenas me atrevía á esperar la presencia de algun ser humano, fuera el que fuera.

Pronto se desvanecieron, sin embargo, aquellos temores, pues la cortina se separó un poco y un novicio de negro ropaje—al cual no había visto yo antes—salió de su escondrijo. Admiróme su manera clandestina de conducirse; pero no tenía temor ninguno, pues en su mano llevaba una flor espléndida del loto real y blanco. Con mis ojos fijos en la flor salté de la mesa y me dirigí hacia él. Cuando estuve á su lado habló muy bajo y rápidamente.

—Esta flor—dijo—viene de Seboua. Amala, pero procura que no te la vea ninguno de los sacerdotes. Amala y acudirá en tu auxilio en la hora de necesidad; Seboua te insta á que recuerdes todas cuantas palabras te ha dicho y á que confíes sobre todo en tu amor hacia lo verdaderamente bello y en tus atracciones y repulsiones naturales. Este es el mensaje—dijo dirigiéndose á la cortina.—Por complacer á Seboua estoy arriesgando aquí mi vida. Procura no aproximarte á esta puerta ó dar á entender que conoces su existencia; da al aposento privado del sumo sacerdote Agmahd, en el cual nadie se atreve á entrar sopena de correr el peligro de un castigo insufrible.

—¿Y cómo has logrado entrar?—pregunté con gran curiosidad.

—Ellos están ocupados con las ceremonias de la mañana—todos los sacerdotes,—y he logrado escapar sin que me viesen para venir aquí.

—Dime—exclamé yo, deteniéndole al intentar salir precipitadamente por la puerta;—dime, ¿por qué no ha venido Seboua?

—No puede. Está muy vigilado para que pueda intentar siquiera el acercarse á ti.

—Pero ¿y por qué?—exclamé con espanto y sorpresa.

—No puedo decirlo—contestó el novicio arrancando su túnica de mis manos.—Ten presentes las palabras que te he dicho.

Rápidamente pasó por la puerta y la cerró tras de sí. La pesada cortina al caer casi me aturdió, y tan pronto como pude volver de mi asombro ante esta aparición y desaparición súbitas, me puse á andar con el lirio en la mano.

Mi primer pensamiento—aun antes de que pudiera pensar en las palabras que tenía que recordar—fué el colocar á mi flor preciosa en sitio seguro. Con exquisito cuidado la tenía en mi mano, como si fuera la forma aérea de un ser amado. Ansiosamente dirigí los ojos en torno mío buscando dónde podría colocarla que estuviese á la vez segura é invisible.

Vi, después de unos momentos de rápida inspección, que precisamente detrás de la cabecera de mi cama había un rincón muy proximo, al cual caía la cortina. Allí al menos podría colocarla por el pronto; tendría espacio para respirar, y no sería vista á no ser que separasen la cortina; y á la verdad,

parecía que detrás de mi cama debía de ser el lugar donde fuera menos probable que la descubriesen. Apresuréme á colocarla allí, temeroso de tenerla en mi mano, no fuera que terminasen las ceremonias y entrara Agmahd en mi aposento. La escondí, pues, y miré en torno mío tratando de encontrar algún vaso con agua en donde colocarla, pues se me ocurrió que si no le propoicionaba algo de aquel elemento, que ella tanto ama, no viviría mucho tiempo siendo mi amiga.

Encontré un pequeño jarro con agua y en él la coloqué, preocupándome durante todo el tiempo lo que haría si, descubriendo los sacerdotes su falta, me preguntaban por él. No podía decir qué era lo que haría en semejante caso; pero si la flor era descubierta, únicamente podía esperar que tendría alguna inspiración que me permitiera evitar cayeran más reproches sobre Seboua, puesto que, á pesar de que no podía comprender el por qué ó el cómo, era bien evidente que había sido reprendido por algo que se hallaba relacionado con mi persona.

Me senté en el lecho para estar cerca de mi flor adorada. ¡Cuánto deseaba poderla colocar á la luz del sol y extasiarme ante su belleza!

De esta manera pasó el día. Nadie vino á verme. Contemplaba el sol que de mi ventana desaparecía. Observaba las sombras del crepúsculo descendiendo sobre ella. Continuaba solo. No creo que aumentasen mis terrores. No recuerdo que la noche aquella trajera consigo especie alguna de mortal agonía. Una tranquilidad profunda me embargaba, la cual ó era producida por las largas y monótonas horas del día, ó era debida á la flor bella, aunque invisible, pues la tenía siempre ante mis ojos con todos los esplendores de su belleza radiante y delicada. No se presentaban ante mí ninguna de las visiones intolerables que durante la noche anterior había sido incapaz de conjurar.

La obscuridad era ya completa cuando se abrió la puerta que comunicaba con el corredor, y entró Agmahd seguido por un joven sacerdote, que me trajo alimento y una copa de una especie de extraño jarabe dulce y de perfume agradable. No me hubiera levantado del lecho á no ser por mi deseo de alimento. No había pensado en ello antes; pero á la verdad, me encontraba muy débil con el ayuno. Me levanté, por lo tanto, con viveza, y cuando estuvo á mi lado el joven sacerdote con la comida, bebí ante todo el jarabe, que á la verdad fué lo primero que me ofreció, pues súbitamente comprendió lo exhausto de fuerzas que me hallaba.

Agmahd me miró mientras bebía. En cuanto hube dejado la copa levanté mis ojos, fijándolos en los suyos con nuevo atrevimiento.

—Me volveré loco—dije yo con energía—si me dejan solo en esta habitación. Nunca en mi vida me han dejado tanto tiempo solo.

Hablé movido por impulso repentino. Durante el transcurso de las largas horas de mi soledad no me habían parecido tan terribles; pero entonces, con aprensión viva de lo temible de aquel aislamiento, dejé se manifestasen mis sentimientos.

Agmahd dijo al sacerdote:

—Deja la comida y trae el libro que está encima de la cama de mi habitación exterior.

Salió para cumplir la orden. Agmahd nada me dijo; y habiendo dicho yo lo que tenía que decir, y no habiendo sido aniquilado por ello, como tenía motivos para esperar, cogí una torta de aceite de las que había en el plato, y proseguí comiendo con ánimo tranquilo.

Cinco años después no hubiera podido hacer frente á Agmahd de esta manera. No me hubiera atrevido yo á comer mi ración después de haberle desafiado. Pero entonces poseía ese engreimiento que la suprema ignorancia é indiferencia de la juventud comunican. No poseía medio alguno para medir las profundidades de la inteligencia del sacerdote, el vasto círculo que su crueldad inflexible abarcaba. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Yo era un ignorante. Y además yo no poseía clave alguna que me explicase la forma de su crueldad, el propósito, la intención de la misma. Me encontraba sumido por completo en las tinieblas. Pero comprendía perfectamente que mi vida en el templo no era lo que yo deseaba y lo que hubiera querido que fuese, y ya acariciaba intentos juveniles de librarme de la misma, huyendo de allí (aunque fuera atravesando el terrible corredor), si tenía que pasar mi existencia de un modo tan desdichado. Bien poco sabía yo, cuando pensaba todo esto, lo bien que se me vigilaba.

No pronunció Agmahd ni una palabra mientras yo comía y bebía; pronto volvió el joven sacerdote, llevando en sus manos un gran libro negro. Lo puso sobre una mesa que le dijo Agmahd colocase junto á mi lecho. De un rincón del aposento sacó una lámpara y la puso en la mesa, la encendió, y hecho esto, Agmahd habló:

—Si contemplas estas páginas, no te sentirás solo.

Después de decir esto volvióse y abandonó la habitación, seguido del joven sacerdote.

Abrí el libro en seguida. Paréceme, al recordar aquellos tiempos, que la curiosidad dominaba en mí tanto como en los demás muchachos; de todos modos, cualquier nuevo objeto absorbía mi atención por el momento. Abrí las negras cubiertas del volumen y fijé mis ojos en su primera página. Estaba admirablemente iluminada con colores, y durante un momento, antes de empezar á deletrear los caracteres, me entretuve en contemplar sus colores. Resaltaban las letras de un modo tal sobre el fondo gris, con un tono tan brillante, que parecían de fuego. El título era: *Las Artes y Poderes de la Magia*.

Para mí carecía de sentido. Era yo un muchacho relativamente sin educación, y me admiraba de que pensase Agmahd que un libro semejante pudiera servirme de compañía.

Con indiferencia pasé página tras página. Todas ellas eran ininteligibles para mí, pues dejando aparte los asuntos de que se ocupaban, lo eran sólo por razón de las mismas palabras empleadas. Era cosa ridícula el haberme enviado un libro semejante para leer. Bostecé en grande sobre el mismo, y,

cerrándolo, estaba á punto de volverme á echar en la cama, cuando sobrecogióme el ver que no me hallaba solo. Al otro lado de la pequeña mesa, en la cual estaban el libro y la lámpara, había un hombre de negra vestidura. Fijaba en mí una mirada ansiosa; pero cuando mi mirada respondió á la suya, pareció apartarse de mí un poco. Maravillóme el ver que había podido entrar tan silenciosamente y llegar tan cerca de mí sin hacer ruido.

(Se continuará.)

NOTAS Y RECORTES

La circular buddhista sobre la cuestión de China. Reproducimos sin comentarios la siguiente noticia, tal y como ha recorrido por toda la prensa liberal española:

«Los buddhistas japoneses han dirigido una circular á todos los eclesiásticos del mundo, que parece inspirada en el espíritu de los primeros cristianos.

En ella dicen que, en vez de abrigar sentimientos de odio hacia los chinos que tanto han hecho sufrir á los misioneros y tales horrores han cometido, deben esforzarse en devolver bien por mal, pidiendo al cielo que bendiga aquella raza.

Los gobiernos cristianos—dice—sólo desean la venganza y una indemnización: los buddhistas, en cambio, han hecho renuncia de cuanto pudiera corresponderles, lo cual podrá no ser buena política, pero es buena religión.

El manifiesto pide, como conclusión, que los misioneros de las diferentes religiones se abstengan de toda política de venganza, y que renuncien á cuantos procedimientos pudiera considerarse que concurren á sostener la situación anormal en el Celeste Imperio.»

La Rama de la S. T. que, con el nombre de «Aurora», se ha formado en Rosario de Santa Fe (República Argentina), está constituída por los distinguidos miembros: D. Julián Moreno, D. Norberto Miranda, D. Juan Mosto, D. Antonio Çelle, D. Armando Rapp, D. Joaquín Blanco, D. Santos Arisnabarelta y D. José López.

Un dato de «El Imparcial» sobre Astrología. En su número de 21 de Enero del corriente año ha publicado el siguiente suelto, que por tratarse de un diario de la seriedad de *El Imparcial*, creemos tiene alguna importancia:

«El día 10 de Diciembre último recibióse en la redacción de *El Imparcial* una tarjeta postal, fechada en Londres el día 8, y que traducida á la letra dice así:

VIDE XIX PSALM.

«La Gran Reina, cuya sombra inmensa y luminosa envuelve al mundo,

dormirá súbitamente con sus mayores el *próximo mes*, día 14 ó 28, días y números fatales para su familia.»—(Firmado) Kynry.—Astrólogo.

—*Proximi oceano (Sapintiae) Kynry, parva nunc civitas sed gloria in gens.* (Tacitus.)

(23, Newman Street.—W.—London. Die solis *8 Dicbre.*)

Inútil es decir que en esta casa no se dió la menor importancia á este raro documento.

Mucho más cuando nada se decía entonces acerca de la salud de la reina. Al contrario, había hecho recientes viajes y se hacían preparativos para su expedición anual á las cercanías de Niza.

El súbito cambio advertido por lord Roberts en el estado de la reina, precisamente el día 14, y el triste y rápido desenlace del ataque, nos ha recordado el extraño documento, que no deja de ser un caso de coincidencia, que bien explotado podría hacer la fortuna de astrólogos, nigrománticos, mágicos, adivinadores y demás gente *ejusdem furfuris.*»

Manuscritos griegos y latinos encontrados en China.

Leemos en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, número del 12 Diciembre, pág. 752:

«Con ocasión de la entrada de las tropas rusas en Mukden, capital y ciudad venerada por los chinos de la Mandchuria meridional, se descubrieron varias bibliotecas, en las cuales existe gran número de manuscritos relativos á la historia de Oriente. Entre esos manuscritos los hay griegos y latinos. Una comisión rusa, compuesta de arqueólogos, de latinistas y helenistas, va á partir para estudiar en aquella ciudad tan preciosos documentos. Es opinión general entre todos los eruditos, que tales manuscritos fueron robados en Europa cuando la invasión tártaro-mongólica, en los siglos XII y XIII de nuestra Era, y debieron ser arrebatados de Kiel, de Polonia, de Alemania, esto es, de todo el Oriente europeo. Entre los textos que allí se encuentran, se espera hallar algunas obras que se dan como perdidas: por ejemplo, el texto original de Pretonio, ó tal vez las obras enteras de Polibio ó de Tito Livio».

A nosotros no nos causa extrañeza este descubrimiento; pero nos figuramos el asombro de los sabios ante este hecho. Esperamos con impaciencia la explicación que den del objeto con que conservaban los chinos estos manuscritos que no comprendían.

En honor de un teosofista español.

Leemos en la prensa de Valencia que el Círculo de Bellas Artes de aquella capital ha organizado una Exposición de obras del marista Sr. Mouleón, miembro de la Rama de Madrid de la Sociedad Teosófica. La Exposición se inauguró el día 9 del pasado mes, y ha sido visitada por todo amante del arte. Con este motivo, *El Pueblo,* popularísimo é intelectual diario valenciano, en cuyas columnas labora la plana mayor de nuestra literatura, ha dicho, refiriéndose á nuestro malogrado compañero:

«Era un artista de mérito. Muy pocos cultivaron la pintura de marina como él. Educado en aquella generación de artistas que, á imitación de los del Renacimiento italiano, conocían y profundizaban todos los problemas del arte, fué no sólo dibujante notable, sino erudito de su arte, conocedor de todos sus procedimientos y habilísimo técnico de la arquitectura naval.»

Parece ser que por iniciativas del mencionado Círculo de Bellas Artes, se colocará una lápida conmemorativa en la casa natal del artista.

V. D-P.

BIBLIOGRAFÍA

La *Tribuna libertaria*, de Montevideo, ha publicado un opúsculo debido á los escritores socialistas Sr. Carreira y Pilar Taboada, *La mujer en la lucha ante la Naturaleza*, y una traducción del discurso de Kropotkine, *La anarquía en la evolución socialista*, cuyo envío le agradecemos.

La Teosofía predicada por Jesucristo, y sus doctrinas tocante á la higiene y la alimentación. El autor de esta obra, Sr. E. M., ha logrado reunir no pocas observaciones importantes, y muy dignas de tenerse en cuenta, en punto al segundo aspecto de su obra, ó sea al de higiene y alimentación. Dichas observaciones no son ajenas á los conocimientos orientales. Del resto de la obra tendremos el gusto de tratar en el próximo número. Asimismo trataremos de la publicación del Sr. Cel, *El espiritismo en la Historia de la filosofía*.

Hemos recibido: *Il triunfo di G. Leopardi*, poema de *Italo de Giuffré*; *Fundamentos elementales de la Anarquía*, de E. Milano; el *Folleto 4.°* de la «Asociación de la Propaganda liberal», y una comunicación de la Logia *Fraternidad*, de cuyas obras nos ocuparemos en la primera ocasión.

NECROLOGÍA

Ha fallecido en Caen el día 1.° de Febrero, á los cincuenta y cinco años de edad, el Sr. D. *Paul-Jean-Henry Gillard*, miembro de la Sociedad Teosófica, á quien adornaron en vida todas las dotes de un nobilísimo carácter.

Guardó cordiales relaciones de amistad con algunos miembros de la Rama de Madrid, los cuales, en unión de todos los teosofistas españoles, envían á su distinguidísima familia la expresión de su más sincero pésame.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.